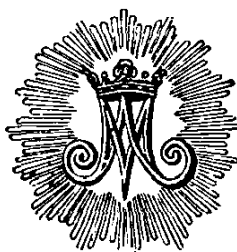


La Ignorancia Religiosa
en el
mundo moderno

CARTA PASTORAL
DEL

Excmo. y Rvdmo. Sr.
D. Antonio Pildain,
Obispo de Canarias.



LAS PALMAS

1937

CARTA PASTORAL

SOBRE

LA IGNORANCIA RELIGIOSA

EN EL

MUNDO MODERNO

**Antonio Pildain y Zapiain, por
la Gracia de Dios y de la Santa
Sede Apostólica, Obispo de Ca-
narias.**

**AL EXCMO. CABILDO DE NUESTRA SANTA IGLESIA
CATEDRAL BASILICA; A LOS REVERENDOS SE-
ÑORES ARCIPRESTES, CURAS PARROCOS, ECONO-
MOS, COADJUTORES, CAPELLANES Y DEMAS
MIEMBROS DEL CLERO SECULAR Y REGULAR, A
LAS VENERABLES COMUNIDADES RELIGIOSAS Y
A TODOS LOS FIELES DE ESTA NUESTRA AMADA
DIOCESIS.**

La gracia y la paz sean con vosotros.

VENERABLES HERMANOS Y AMADISIMOS HIJOS.

Al coger la pluma en la mano, para dirigiros nuestra primera Carta Pastoral, nos hallamos en situación, enteramente idéntica, a la que nos hemos encontrado las no pocas veces que hemos intentado realizar ante vosotros, desde el púlpito o desde la tribuna, lo que, en estos momentos, nos esforzamos por llevar a cabo a través de la palabra escrita.

Nos referimos a la imposibilidad absoluta en que nos vemos de encontrár frases que puedan reflejar, ni aun de lejos, la gratitud entrañable de que nos rebosa el alma.

Son tantas y tales, queridísimos Hijos míos, las pruebas de afecto que me venís dando desde el día, para mí imborrable,—Festividad del Glorioso Patriarca San José, y Viernes de los Dolores de Nuestra Madre y Señora—en que tuve la dicha de verme, por vez primera, entre vosotros; son tantas y tan regaladas las atenciones y delicadezas, la cordialidad, la simpatía, y hasta las aclamaciones de que, sin interrupción, y como a porfía, habeis querido colmarme; es tal el cúmulo de flores—tomada en su sentido literal la frase—que habeis hecho llover sobre mi cabeza, y tal el cúmulo de bondades que habeis hecho caer sobre mi alma, que las palabras más ardientes del Diccionario me parecen frías; las imágenes más brillantes, desvaidas; las frases más ricas, pobres, para daros las gracias, cual yo quisiera, por los indecibles consuelos con los que, tantas veces, habeis henchido mi pecho de emoción, y mis ojos de lágrimas dulcísimas.

¡Qué Dios os lo pague! amadísimos Hijos míos.

Habeis confirmado plenamente, los juicios tan altamente laudatorios, que los Egregios Príncipes de la Iglesia, los Eminentísimos Cardenales Pacelli y Tedeschini—que recuerdan con entrañable encanto los días en que aquí moraron—nos hicieron, no tan solo acerca de vuestro suelo, vuestro cielo y vuestro clima sin igual, sino—lo que incomparablemente más se estimase—acerca de vuestro carácter, vuestra fé, vuestro entusiasmo y vuestra

religiosidad, y de lo bien dispuesta y acogedora y agradecida que, para toda labor evangelizadora, es esta, por tantos títulos, noble y benditísima tierra.

* * *

¡Oh tierra privilegiada! ¡Oh amadísima Diócesis de Canarias! ¡Cuán entrañablemente unido me siento a Tí!

Tu, hermosa entre las más hermosas provincias de nuestra España; Tu, tan noble y heroica en tu pasado; tan gloriosa y fúlgida en el presente, y destinada a tan espléndidos designios en el porvenir, has venido a ser, por disposición de Dios, y voluntad de su Vicario en la tierra, esposa, amor y orgullo de mi alma.

Que desposorio espiritual del Obispo con su Diócesis es el Obispado, y alianza de ese desposorio, el anillo pastoral que ostenta en su mano.

SUBLIME MISION DE LA DIOCESIS DE CANARIAS.

¡Oh gloriosa Iglesia de Canarias, dichosa visión de paz, que yergues excelsa hacia los cielos tu frente, esplendente de luz y de belleza y te nos muestras "sicut sponsam ornata[m] viro suo", con tantas y tales galas adornada! Tantas y tan maravillosas son las dotes de naturaleza con las que Dios ha querido adornarte; tantos y tan ricos los dones de gracia con los que Dios ha querido regalarte, que, fundados en innegables principios teológicos, podemos decirte que El te tiene destinada una misión sublime. Misión que, o mucho nos equivocamos, o, colocada como te hallas, cual refulgente jalón, en la maravillosa ruta azul que une entrambos mundos, es, por de pronto, la de que seas tal por tu Fé, y por el empuje gigante que sepas infundir a todo lo que sea cultura, y moralización, y caridad cristiana, y avances de justicia social en todos los órdenes de la vida, que puedas aparecer, en medio del Atlántico, cual faro colosal, cuyos potentes destellos irradien luz y ejemplaridad sobre los viejos pueblos de la Madre España, y sobre los pueblos nuevos de sus hijas las naciones de América.

Mas aún. Es tan privilegiada y excepcional tu situación geográfica con relación al continente africano: has sabido, en tu afán de evangelización, idear y realizar, con siglos de anticipación, procedimientos y métodos misioneros, saludados hoy, por quienes ignoran tu historia, como la última palabra de la técnica misional, que parece estar llamada a figurar en la vanguardia de los pueblos encargados de la conversión del gran mundo mahometano; que parece estar llamada, como en primer término, por el Papa, a encarnar la intención de este mes del Apostolado de la Oración, intención bendecida por Su Santidad que dice "que se manifieste la verdad cristiana a los mahometanos por medio de escuelas y de obras de caridad".

* * *

¿Qué son estos fantasmas, quimeras, ensueños? Indudablemente que lo serían sí, para su realización, tratásemos de apoyarnos en la frágil caña de nuestra indigencia; pero, si contamos, plenamente esperanzados, con la Gracia de Dios omnipotente, que sabe infundir vitalidad pujante, para las más arduas empresas, a quienes saben corresponder a ella con humildad y confianza, no solamente no sería extraño, sino lo más lógico y consecuente, el que se convirtiesen en espléndida y gloriosa realidad.

Lo que para ello se precisa, en primer término, es mirar muy alto y muy adelante. Mucho tenéis de que enorgulleceros, W. H. H. e Hijos míos. Mucho es lo que hasta ahora habéis trabajado y logrado. Pero, repetimos, que es necesario de toda necesidad el mirar siempre adelante. "El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el Reino de Dios".

PRECAVEOS CONTRA LA PLAGA CAPITAL DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA.

Permitidme por lo tanto, que ya, desde esta mi primera Carta Pastoral, empiece, por lo que a mi hace, a aportar el granito de arena de mi pequeñez, con el pro-

pósito de preveniros contra un mal, que vendría a ser el colapso cordial de la misión gloriosa a que estais llamados, y el eclipse total de los esplendores a que estais destinados. Un mal, que el Pontífice gloriosamente reinante denominó “la gran mancha de las naciones católicas”; un mal, que un insigne Prelado español acaba de calificar de “lacra que España está lavando con la sangre de sus hijos”, y que es de una enormidad tan transcendental, que el Papa Pío X, en solemnísimos documentos, no titubeó en asignarle el papel de causa principal de los males más horrendos que, en nuestros días, aquejan a la humanidad.

Tal es la plaga letal de “la ignorancia religiosa”.

Desde las alturas del Vaticano atalayaba él, como supremo vigía, la tempestad deshecha que se cernía, el ciclón horrendo que se ha desatado ya sobre el mundo moderno, y que lo va estremeciendo todo, resquebrajando todo, derrumbando todo, arrasándolo todo, a la par que absorbe la atención de sociólogos, etnólogos y psicólogos, aterrados ante la magnitud de la catástrofe.

El Pontífice no la atenúa; antes al contrario la subraya con las tremendas frases del Profeta: “la blasfemia, la mentira, el homicidio, el robo y el adulterio se han desbordado, y las oleadas de sangre se alcanzan las unas a las otras” (Oseas, IV).

Y, mientras psicólogos, etnólogos y sociólogos se entregan a la tarea, no siempre coincidente, de estudiar las causas a que obedece esa trágica crisis, que el insigne Cardenal Mercier diagnosticó de “descristianización de la sociedad”, y los unos le asignan una causa, y los otros otra, el gran Pontífice, con la visión certera del que contempla las cosas desde la cumbre espiritual más alta de la tierra, en la que la ha colocado Dios, y, sin negar las otras causas, señala taxativamente como la principal de las causas todas de esa descristianización funesta, y de la espantosa serie de depravaciones, immoralidades y crímenes que esa descristianización trae consigo, a “la ignorancia religiosa”, la ignorancia del Dogma, de la Moral y de la Historia del Cristianismo, esa ignorancia que el egregio Pontífice hoy reinante, abundando en idénti-

co sentir , ha calificado de “analfabetismo sobrenatural”, es decir, de ignorancia de las nociones mismas, las más elementales de nuestra Religión.

IGNORANCIA RELIGIOSA EN LAS CUMBRES DE LA INCRE- DULIDAD.

Y es de notar que esta ignorancia, con caracteres degenerativos de analfabetismo ultrarural no es privativa de las clases inferiores ,ni de las literariamente analfabetas, sino que, como lo advierte expresamente el mismo Papa, de ella adolecen hasta hombres de no escasa cultura y erudición profana, pero que, en lo que atañe a la ciencia de la Religión, viven en la más temeraria y vergonzosa de las ignorancias.

Aseveración pontificia es esta que, a primera vista, pudiera parecer hipérbole literaria, pero que la experiencia nos ha confirmado estar rigurosamente ajustada a la realidad.

Confesamos ingénuamente que la primera vez que—hace ya muchos años y antes de que hubiésemos leído la Encíclica citada—hubimos de encontrarnos, en cierto balneario extranjero ,con todo un señor catedrático de Universidad, que no daba paz a su lengua para disertar sobre religión, y que luego resultó que desconocía la definición misma de la Fé, hubimos de reputar aquel caso como fenómeno aislado de monstruosa aberración.

Pero he aquí que, de entonces acá, y obligado por nuestros estudios y nuestra cátedra, tuvimos que ir leyendo y releendo a la inmensa mayoría de los grandes intelectuales incrédulos modernos; y, hoy, después de varios años de experiencia, con plena conciencia de la gravedad de nuestra afirmación, y fundamentándola en sendos textos literales de los autores a quienes enjuiciamos, hemos de afirmar, que los sedicentes intelectuales incrédulos modernos, esos que definen como pontífices desde sus cátedras y libros, y que son escuchados y acatados como supremos oráculos en cuestiones religiosas por tantos y tantos millares de hombres, no pasan de ser, en lo que a ciencia religiosa atañe, y pese a la cultu-

ra que de otras ciencias posean,—que nosotros jamás negamos a nadie talento ni cultura en lo que la tiene—no pasan de ser, repetimos, en lo que a la Ciencia de la Religión se refiere, “analfabetos en Teología”, que ignoran hasta las más elementales nociones del Catecismo Cristiano.

Las rarísimas excepciones que haya, sólo servirán para confirmar, incontrastablemente, la regla general de este fenómeno, que el apologista moderno está obligado a comprobar y a subrayar, si ha de estar a la altura de su misión.

Porque cuando el prejuicio de la “omnisciencia” de los intelectuales incrédulos se impone, como en nuestro siglo sucede, hasta el punto de que se les considere y aclame—cual lo hacía cierto escritor—como a “reyes absolutos del espíritu”, cuya autoridad, precisamente en cuestiones de religión,—en otras no les negamos la que tuvieren—llega a pesar, en la balanza mental de ciertas gentes, más que la de los teólogos que la han profundizado; más que la de los santos que la han vivido; más que la del mismo Dios que la ha revelado; cuando el prejuicio de la autoridad de los intelectuales incrédulos en asuntos de religión reviste tales caracteres, es del todo punto imprescindible, que el apologista católico—y el Obispo a fuer de tal—les sorprenda y exhiba a esos “maestros de la incredulidad” tal como son, a la luz irrecusable de sus propios textos, de esos textos que ellos mismos hubieran sido los primeros en raer de sus libros, si su ignorancia religiosa no les hubiere impedido darse cuenta de la patente—no muy honrosa por cierto—que a sí propios se extendían al redactarlos.

* * *

Aducir estos textos nos parece, por otra parte, el medio más contundentemente demostrativo de la realidad y extensión del mal, contra el que tratamos de preveniros, hijos míos.

Además de que lo prometido es deuda. Y ante el imponente auditorio de hombres, que henchía hasta rebosar el Teatro “Pérez Galdós” en las conferencias preparatorias para el cumplimiento pascual, prometimos

solemnemente aducir, en nuestra primera Pastoral, los textos literales, irrefutiblemente demostrativos de aquella aseveración—a primera vista tan grave como extraña—que allí hacíamos, y que hemos vuelto a repetir aquí, de que esos supremos intelectuales incrédulos, que son como los oráculos, en cuyas palabras juran tantísimos hombres de hoy, no pasan de ser, en lo que a la Ciencia de la Religión atañe, simples analfabetos que no saben responder a las preguntas del catecismo más elemental.

Los textos entonces prometidos son los que nos proponemos aportar ahora en estilo que, como es lógico, más que de “pastoral”, habrá de ser de “fichero” de biblioteca.

KANT

Es natural que empecemos por él. Como que es el oráculo máximo de la incredulidad moderna, a cuyas aseveraciones rinden su juicio los “intelectuales” incrédulos del día, reputándole supremo genio de la crítica, incapaz de aventurar afirmación alguna, si no es tras omnímoda información y dominio insuperable del asunto; y que, en efecto... ¿hay en el mundo nadie que se aventure a escribir de Geometría confundiendo el triángulo con el rombo, o ignorando lo que se entiende por ángulo recto? ¿Y quién no sabe que tan elementales como las nociones esas en Geometría lo son las de “inspiración”, “revelación” y “misterio” en Teología?

Pues ahí tenéis al “pensador cumbre” y “supremo genio de la crítica”, lanzándose a escribir todo un libro sobre Teología, confundiendo la revelación con la inspiración y la noción de incomprendibilidad con la de ininteligibilidad, con absoluto desconocimiento de la definición misma de misterio.

¿La prueba? En la sección segunda de la tercera parte de su obra “La Religión en los límites de la razón” (1).

(1) “La Religión dans les limites de la raison”, par Emmanuel Kant. Traduction par Tremesaygues, pág. 174.

HEGEL

El filósofo en cuyo lóor se habrán tejido los elogios más ditirámicos, después de los dedicados al de Koenisberg. ¿No ha llegado a llamársele, con hiperbólica loa, desde el campo mismo católico, el “Aristóteles de nuestro siglo, cuya monarquía, aunque no menos negada y combatida que la del Estagirita, dura y durará como la suya, no sólo en la filosofía pura, sino todavía más en el corazón de las ciencias particulares que trató con tanta superioridad de entendimiento, y a las cuales dió una precisión y un método que antes casi nunca había tenido”?

No vamos a dilucidar ahora el modo con que Hegel trató las otras ciencias particulares, que no han faltado quienes han dado buena cuenta de ello. Vamos a comprobar tan sólo el método con que trató las ciencias teológicas, la precisión con que resume la doctrina del Cristianismo.

Veamos lo que nos dice en sus “Lecciones sobre la Filosofía de la Religión”, editadas por Marheinecke. He aquí una parte del Catecismo de la Doctrina Cristiana según Hegel.

a) “La fe es el Espíritu del mismo Dios, que obra sobre el bautizado”.

b) “En éste (el bautizado), en cuanto creyente, el Espíritu Santo no es sino su propio espíritu”.

c) “La reconciliación entre Dios y el hombre se verificó por medio de la Encarnación del Verbo; pero esta reconciliación no es posible sino a condición de que el hombre sepa que la naturaleza divina y humana es una”. (Recordad el Ripalda. ¿Cuántas naturalezas hay en Jesucristo? Dos naturalezas, etc.) ¿A qué continuar transcribiendo? ¿Cabe alinear en menos palabras mayor cúmulo de ignorancias, no digamos ya teológicas, sino elementalmente catequísticas?

Y pasemos a incrédulos más modernos.

ERNESTO HAECKEL

“El campeón más conocido del monismo naturalis-

ta, en quien el enorme éxito de su obra “los Enigmas del Universo” y numerosas cartas de lectores despertaron la idea de organizar a los partidarios del monismo”.

Así fué—según Messer, de quien son las palabras precedentes—como surgió la retumbante “Liga Monista Alemana”, que decía en su primer manifiesto surgir “basada en la ciencia” ante “el peligro creciente con que el ultramontanismo y la ortodoxia amenazan toda nuestra vida científica”.

Pues cual fuese la ciencia que del Cristianismo tenía Haeckel nos lo demuestra cumplidamente él mismo, al acumular en una misma página de su citada obra (2) aseveraciones tan categóricas como las tres siguientes; a saber, que según el credo de los cristianos:

a) “El Dios uno del cristianismo se compone, en verdad, de tres personas de esencia muy diferente” (cuando hasta los niños de nuestras catequesis saben que tan es idéntica que es una misma la esencia de las tres Personas divinas).

b) Que “Jesucristo es el único hijo de Dios Padre, y al mismo tiempo de la tercera persona, del Espíritu Santo”.

c) Que este mismo Jesucristo fué concebido por la Inmaculada Concepción de la Virgen María”.

Frase esta última en la que se vislumbra que Haeckel está confundiendo dos dogmas tan distintos como el de la Concepción Inmaculada de María y el de su Maternidad Virginal; confusión en la que, para librarnos de dudas, sin duda, incurre rotunda, indubitavelmente en la página 141, con la misma rotundidad indubitable con la que en la página anterior confunde la infalibilidad pontificia con la impecabilidad, y con la que en la página 125 nos habla de “los cuatro evangelios sinópticos y, en la página 92 del mismo tomo, de la “cuarta divinidad” del Cristianismo.

¡Y todavía se lamenta, al final de la citada obra, de que un paisano suyo, el naturalista Dennert, escribiese

(2) “Los enigmas del Universo”, por Haeckel, traducido por Litrán, tomo II, pág. 84.

que “es cosa sabida que Ernesto Haeckel conoce tanto el Cristianismo como un ungulado los logaritmos”!

GABRIEL SEAILLES

Bajo el gallardo título de “Las afirmaciones de la Conciencia moderna” publicó, no hace muchos años, su conocida obra, en la que no recata ni su promesa de escribir “con inteligencia hasta de las creencias mismas que no comparte”, ni su propósito de demostrar el “por qué los dogmas—que Jouffroy dió por agónicos, y él, sin duda, por muertos—no renacen”.

Inteligencia y propósito que suponen un conocimiento siquiera regularmente exacto de las doctrinas que combate.

Pues bien: el conocimiento que de la doctrina cristiana tiene Seailles es de tal índole, que le conduce a atribuir al Catolicismo proposiciones que éste no tan sólo no comparte, sino que expresamente ha condenado.

Tales son, entre otras, las de que:

a) “La naturaleza ha sido corrompida hasta el fondo por el pecado original” (3).

b) Que “la fe, la esperanza y la caridad son tres virtudes cristianas inseparables” (4).

c) Que el depósito de la revelación cristiana no quedó concluso ya, en la edad apostólica, por los mismos Apóstoles, sino que

“la revelación desde hace dos mil años no ha cesado y se continúa por la boca de los Papas” (5).

d) Que “el pecado original es un corolario de la creación” (6).

e) Que “la naturaleza se identifica con el pecado”... (7).

(3) “Les affirmations de la Conscience moderne”. Sixieme edition, página 80.

(4) Ibid. pág. 49.

(5) Ibid. pág. 227.

(6) Ibid. pág. 70.

(7) Ibid. pág. 91.

Esto es, una serie de proposiciones que Seailles atribuye a la Iglesia, cuando ésta las tiene expresa, terminante, categóricamente condenadas, como puede comprobarlo cualquiera en los correspondientes números del *Enchiridion* de Denzinger.

Es decir; que ya no es ignorar lo que la Iglesia dice; es ignorarlo hasta el extremo de atribuirle cabalmente lo contrario de lo que ella sostiene.

Hasta ese punto llega el conocimiento y la "inteligencia" que de nuestros dogmas tiene Seailles.

Y todo ello sin detenernos a subrayar otros casos de analfabetismo teológico no menos flagrantes, en los que incurre a cada paso en el citado libro; como el afirmar, por ejemplo, que según nuestro dogma católico, "Dios revive cada día sobre el altar en millones de santuarios, para de nuevo sufrir y morir (8) en ellos.

FEDERICO NIETZCHE

El portavoz más furioso de todo el anticristianismo moderno. El que convirtió al cristianismo en objeto de sus blasfemias más frenéticas, de sus más truculentas execraciones.

El escritor a quien, durante más de dos lustros, han saludado, como al indiscutible menor de su ideología, generaciones de plumíferos, quienes en su total desconocimiento del Cristianismo, reputaban expresión fiel de la doctrina cristiana los siguientes aforismos de Nietzsche:

a) "El cristianismo enseña que los valores superiores de la inteligencia no son sino pecados, tentaciones y extravíos" (9).

b) "La fe es querer ignorar lo verdadero" (10).

c) "La Iglesia combate a la salud como a una especie de enemigo, de tentación, de demonio" (11).

(8) Ibid. pág. 72.

(9) "El Anticristo", por Nietzsche, párrafo V.

(10) Ibid., párrafo LII.

(11) Ibid., párrafo LI.

d) “El cristianismo dice que la naturaleza es el mal” (12).

e) “El cristianismo dice que no hay virtudes, sino vicios” (13).

Aforismos con que Nietzsche, en su analfabetismo teológico, quería resumir la doctrina cristiana, sin caer en cuenta de que con ellos no hacía sino tejer un “syllabus” de proposiciones expresamente condenadas por la Iglesia católica.

¡Pobre Nietzsche, que después de haber escrito que “el hombre religioso, tal como la Iglesia lo quiere, es un decadente típico, que el supremo ideal de la Iglesia es la tierra entera convertida en una casa de locos, y que, por lo tanto, él, que tenía el valor de la salud y del desprecio, tenía razón sobrada para despreciar una religión como la cristiana”, tuvo que ser recluso, en los últimos meses de su vida, en un manicomio!

ALFREDO FOUILLEE

El renombrado filósofo inventor del sistema de las ideas-fuerzas. “El filósofo que ha ejercido una influencia más decisiva en el alma francesa”, se le ha llamado. De “labor dilatada y admirable, que ha servido de pan espiritual a tres generaciones de intelectuales, se ha calificado su obra”. Así se comprende el que ciertas generaciones de intelectuales estén como están de cultura religiosa. Porque para ver qué puntos calzaba la de Fouillee nos basta hojear, por ejemplo, su última obra, intitulada “El pensamiento y las nuevas escuelas anti-intelectualistas”, para encontrarnos con estas líneas, en las que Fouillee, poniéndose a referir no lo que él opina de la Eucaristía, sino lo que de la Eucaristía creemos nosotros los cristianos, asevera rotundamente: “Los cristia-

(12) “Aus der Zeit der Morgenrote”, página. 310, cit. por Graciano Martínez.

(13) “Nachgelassene Werke—Aus der Zeit des Menschlichen—Allzumenschlichen”, pág. 92, cita por Graciano Martínez.

nos creen que la hostia es a la vez pan ácimo y el cuerpo de Jesús" (14).

Así, con toda esta rotundidad apodíctica.

¡Y pensar que le hubicra sido tan fácil a Fouillee hojear un catecismo elemental cualquiera y encontrar en él las preguntas y respuestas siguientes!:

—¿Qué hay en la hostia antes de la consagración?

—Un poco de pan.

—¿Y qué hay en la hostia después de la consagración?

—El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, etc.

—¿Después de la consagración, hay en la hostia pan?

—No, señor; después de la consagración no hay en la hostia pan, sino sólo los accidentes de pan, como olor, color, sabor, etc.

Es decir, que nosotros los cristianos creemos que en la hostia no están **nunca a la vez** el pan y el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, sino que antes de la consagración hay pan, pero no el Cuerpo de Jesús; y después está el Cuerpo de Jesús, pero no el pan.

Tal es nuestra fe, consignada en todos los catecismos del mundo.

Y, sin embargo, acabáis de leer a Fouillee: "los cristianos creen que la hostia es a la vez pan ácimo y el Cuerpo de Jesús".

* * *

Y este proceder de los intelectuales incrédulos es precisamente el que no acertamos a concebir.

Porque si la doctrina católica fuese una doctrina secreta, esotérica, clandestina, cabalísticamente enseñada en los antros de alguna logia... Pero si cabalmente sucede todo lo contrario. No hay en Europa, no existe en el mundo otra más pública, más divulgada, más abierta;

(14) "La Pensée et les nouvelles écoles anti-intellectuellistes", par Alfredo Fouillee. Troisième édition, pág. 87.

no hay, ni ha habido, otra que esté más a plena luz formulada y expuesta no tan sólo en grandes libros y revistas, sino en catecismos populares publicados y difundidos en todas las diócesis del orbe.

Veinte céntimos, y aun menos, bastan para hacerse con uno de ellos; veinte minutos sobran para su lectura. ¿Será posible que “intelectuales” de la talla de un Seailles, de un Haeckel, de un Hegel, de un Kant, se hayan puesto no a dar cuenta de sus propias teorías, sino a referir nuestras doctrinas, las cristianas, no ya sin haber estudiado nuestros monumentales tratados teológicos, sino sin haber hojeado siquiera uno de esos nuestros minúsculos catecismos?

Tan posible, que ello constituye un hecho no aislado, sino tan endémicamente general, que obligado, como antes lo decía el que estas líneas escribe, a leer las obras de los grandes intelectuales modernos, raro es el libro de ellos en cuya primera página no haya tenido que anotar, con lápiz rojo, unas cifras que remiten a las páginas correspondientes, convincentemente, reveladoras del espléndido analfabetismo de sus autores.

¡Analfabetos en Teología, que se lanzan impávidos a erigirse en definidores y críticos de nuestros dogmas y de nuestra Fe!

* * *

MAS NOMBRES Y MAS ANALFABETOS

Analfabeto en Teología, F. STRAUSS, el generalísimo de toda la izquierda hegeliana y autor de libros de título tan retumbante como el de “La dogmática cristiana expuesta en su desenvolvimiento histórico y en la lucha con la ciencia moderna”, quien en su Glaubenslehre (15), se desata en vehementes párrafos contra las consecuencias del pecado de Adán, con absoluto desconocimiento del enunciado mismo del dogma del pecado original.

(15) “Glaubenslehre”, II, pág. 52, cit. por Hettinger.

Analfabeto en Teología PAUL JANET, el filósofo francés tan ponderado de ordinario, pero que en este punto participa de la misma exaltación vehemente que Strauss, incurriendo en la misma ignorancia que éste, de desconocer la definición del pecado original hasta confundirlo con el pecado personal (16).

Analfabeto en Teología JULIO MICHELET, el estruendoso vocero anticlerical ochocentescos, quien, en la acentuación dramática de su protesta ardiente contra el referido dogma, llega a confundir el infierno de los condenados con el limbo de los niños. ¡Horror!, “el niño, el inocente creado expresamente para el infierno!” (17), exclama, trémulo de indignación.

Analfabeto en Teología, WILHELM WUNDT, el coloso al que “ningún filósofo actual le supera en conocimiento de todo género, ni en aportar a las cuestiones, tanto en su conjunto como en sus detalles, precisión y claridad” en frase de Hoffding (18). Y que, efectivamente, tal conocimiento tiene del catolicismo, con tal precisión y claridad lo enfoca, que, por confundir el culto de dulia con el de latria—distinción catequística de las más elementales—, llega a definir la religión católica como “un politeísmo tal, que apenas el mundo ha conocido otro más rico en los cultos de los dioses griegos” (19).

Analfabeto en Teología, HERBERT SPENCER, “otro de los atlantes que, sobre sus hombros de gigante, lleva de frente las ciencias todas”, y con tan magistral desembarazo la de la Teología, que, como Wundt, acusa también a la Religión Católica de politeísmo, pero fundamentándolo en otra confusión no menos burda, con-

(16) “Les problemes du XIX siecle”, par Paul Janet. Deuxieme edition, págs. 479-480.

(17) “Bible de l’humanite”, pág. 479.

(18) “Philosophes contemporaines”, par Harald Hoffding. Trad. par Tremesaygues. Deuxieme edition, página, 5.

(19) “Volkerpsychologie”, t. VI, pág. 540, cit. por Pinard de la Boullaye.

sistente en no distinguir la unidad de naturaleza y la pluralidad de personas en la Santísima Trinidad, distinción que, como cualquiera lo sabe, pertenece al enunciado mismo de ese misterio (20).

Analfabeto en Teología, WILLIAM JAMES, el célebre filósofo norteamericano que, puesto a reseñar la fe católica en lo concerniente al misterio de la Eucaristía, llega a confundir la substancia del Cuerpo de Cristo con la substancia de la Divinidad (21).

Por cierto, que don Miguel de Unamuno, después de copiar el párrafo en el que William James incurre en la torpe confusión referida, le hace la siguiente acotación: “dejando de lado la cuestión de si en buena teología, y no digo en buena razón, porque todo esto cae fuera de ella, se puede confundir la substancia del cuerpo—del cuerpo, no del alma—de Cristo con la substancia misma de la divinidad” (22).

La acotación, como se ve, no deja de ser curiosa, sobre todo por el paréntesis incluido en la misma.

Y este analfabetismo teológico ha adquirido proporciones tan enormes, que alcanza hasta a quienes más alejados debieran hallarse del mismo.

Aquí tenéis, por ejemplo, a todo un ADOLFO HARNACK, el más renombrado de los críticos racionalistas alemanes, dedicado de por vida a la historia de los dogmas, quien, sin embargo, poniéndose a referir lo que “según la idea católica” son la gracia y los Sacramentos, demuestra cumplidamente no tener idea de lo que, según la Teología católica, vienen a ser la gracia divina y la causalidad sacramental.

(20) “La Religión, su pasado y su porvenir”, por Herbert Spencer; traducción de López Codina, pág. 10.

(21) “Le Pragmatisme”, par William James; trad. par Le Brun, avec une introduction par H. Bergson, página, 91.

(22) Miguel de Unamuno, “Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos”, pág. 84.

Y ello en el más renombrado de sus libros (23).

Y todavía sería más inconcebible que el analfabetismo alcanzase a todo un sacerdote, aunque apóstata, como el tristemente célebre ALFREDO LOISY, quien en su libro intitulado “Autour d’un petit livre” (24) demuestra ignorar el objeto propio de la ciencia humana de Jesucristo, no acertando tampoco a distinguir, en lo que a esta última se refiere, las ciencias beata e infusa de la ciencia adquirida—distinciones teológicas elementísimas todas ellas—; todavía, repito, resultaría todo ello más inconcebible en un sacerdote como Loisy, si él mismo no se hubiese encargado de advertirnos cómo se lanzó a los estudios bíblicos sin base alguna de formación teológica, complaciéndose, por así decirlo, en referirnos el lamentable cuadro de sus estudios teológicos en el Seminario Diocesano de Chalons (25).

* * *

En verdad que resulta fatigosa toda esta monótona enumeración de nombres y de textos. Y eso que no hemos aducido sino una mínima parte de los que pudieran citarse.

Si los límites de este trabajo lo consintieran, qué de nombres y qué nombres los que todavía podríamos hacer que continuasen desfilando por estas páginas, desde los ya antañosos de los FLAMMARION y los DRAPER hasta los novísimos de SPENGLER y de KEYSERLING! Y todos ellos acompañados no de los textos todos delatores de la ignorancia religiosa de cada uno, pero sí de los suficientes para juzgar de la autoridad que, en cuestiones teológicas, merece su portador.

Hay capítulos que bastan para clasificar una obra. Hay páginas que caracterizan a un libro. Hay líneas que sobran para desautorizar por entero a quien ha tenido la inconsciencia de redactarlas.

(23) Cf. “La esencia del cristianismo”; traducción de Miró Folguera, tom. II, pág. 136.

(24) Loisy, “Autour d’un petit livre”, pág. 139.

(25) Loisy, “Choses Passées”, págs. 45-46.

Páginas en que se confundan los Alpes con los Andes bastan para juzgar de la autoridad que en Geografía tiene el que las ha escrito.

Líneas en las que no se acierte a distinguir la pleura del peritoneo, sobran para dictaminar sobre la competencia que en Anatomía disfruta su autor.

Pues tan absurdas, tan inconcebiblemente garrafales como la ignorancia y confusiones esas en Anatomía y en Geografía son las en que incurren en Teología los grandes “intelectuales” incrédulos de nuestra época. Ahí están sus propios textos para demostrárnoslo con irrefutable evidencia.

¡Y son esos intelectuales incrédulos los “maestros” a cuya presunta autoridad en cuestiones religiosas sacrifican tantísimos hombres de nuestros días su fe cristiana y la salvación de su alma!

Cuando no pasan de ser, en la ciencia de la Religión Cristiana—que es de lo que aquí se trata—unos pobres indocumentados a los que cuadra de plano la célebre frase de Pascal: “que los que combaten nuestra Religión aprendan, al menos, lo que ella es, antes de combatirla”.

LA IGNORANCIA RELIGIOSA EN LAS MASAS.

Pues, si tal es la ciencia religiosa de los dirigidos; si tales esplendores irradian los incrédulos “soles”, figuraos cuales serán los que revistan los oscuros asteroides.

En verdad que pone asombro y dolor en el alma el comprobar que muchedumbres inmensas—designando con este nombre no sólo a las masas analfabetas, sino a grandes núcleos de hombres de carrera, cultos en otros ramos del saber humano,—adolecen, en este de la ciencia religiosa, del más deplorable de los analfabetismos.

No hace aun muchos años, que uno de los grandes periódicos europeos abrió una encuesta, en la que se ponían de relieve los extremos realmente inconcebibles que alcanzaba la plaga de ese analfabetismo vergonzoso.

* * *

Recientemente todavía, acaba de publicarse un libro en el que su autor clava en la picota del ridículo a un sinnúmero de diputados, oradores, escritores y periodistas que, por meterse a hablar de religión sin haber dedicado media hora a su estudio, incurren en errores, tan pintorescos como tristes, cuales los de presentar, por ejemplo, a Noé, danzando delante del Arca de... Moisés; al diluvio, inundando la torre de... Babel; a Daniel, matando, y nada menos que con una flecha, a Goliat; a Jericó tocando la trompeta; Caná y Emaús acompañando por el camino a Jesús; al propio tiempo que incurren en tergiversaciones tan garrafales como las de confundir a San Pablo, con Josué; al Crisóstomo, con Salomón; a San Judas Tadeo, con el Iscariote; a Santo Tomás Apóstol, con Santo Tomás de Aquino, y las unciones que el sacerdote hace en la administración solemne del Bautismo, nada menos que con las unciones del Sacramento de la Extrema Unción. (26).

Que a tales extremos llega la ignorancia religiosa de estos hombres que, con ella a cuestas, se creen, sin embargo, capacitados y autorizados para dar a toda la Iglesia discente y aun a la docente, lecciones sobre Religión.

Pero, y sin necesidad de recurrir a libros, ni a confusiones que quizás a alguno se le antojen alambicadas, a pesar de ser elementales, ¿cuántos hombres no circulan por el mundo, a los que se les colocaría en uno de los mayores aprietos de su vida, si se les obligase a responder en que consisten la Fé, los Sacramentos, la Encarnación, la Gracia, o el Santo Sacrificio de la Misa?

¡La Fé, el fundamento de toda la vida cristiana! ¡La Misa, el acto más sagrado de nuestra Religión!

CAUSAS Y EFECTOS DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA.

Y es muy natural que tal suceda.

(26) Chanoine Eug. Duplessy—La Chasse aux Be-vues.

Nadie puede poseer una Ciencia, si no la ha cultivado; nadie puede saber Astronomía, ni Leyes, ni Biología, ni Matemáticas sin haberlas estudiado.

La Teología, por sus métodos, por sus conclusiones, por su técnica, es una verdadera Ciencia; y por su objeto formal, la Reina de todas ellas. Y, hoy, fuera de los Seminarios ¿dónde se estudia Teología en España, cuando ha podido decir un intelectual insigne, sin temor a ser desmentido, que sobran los dedos de la mano para contar los seglares que en España hayan leído la Suma Teológica si es que no han pasado por algún Noviciado o algún Seminario?

Pero ¿quién habla de Teologías?

¡Pluguiera a Dios que la mayoría de los hombres de nuestro siglo tuviesen un conocimiento razonable del catecismo elemental de su primera Comunión!

Que ni a eso alcanza, desgraciadamente, la cultura religiosa de la inmensa mayoría de ellos.

* * *

Siendo esto así ¿qué de extraño tiene—dice el Papa—que la depravación moral y la corrupción de costumbres sean tan enormes y vayan creciendo de día en día, no digo ya entre las naciones bárbaras, sino en los pueblos mismos que llevan el nombre de cristianos?

Asomaos a algunos de esos pueblos: ¿qué veis? Muchedumbres inmensas—y es menester recordarlo para inflamar el celo de los ministros de Dios, nos dice el Papa—cuyo número va aumentando cada día, de gentes que tienen un desconocimiento tal de la fé cristiana, que les permite, en medio de los esplendores de la verdad católica, vivir cual si fuesen *idólatras*, en frase, tan tremenda como certera, del Vicario de Jesucristo.

Muchedumbres inmensas de jóvenes, de adultos, hasta de ancianos, que pasan su vida en una tal ignorancia teórica y práctica de lo que es la vida de la gracia y de la maldad del pecado que la mata, que, cuando les llega el día de su muerte, el sacerdote que les asiste se ve obligado a invertir en inculcarles las nociones más elementales de la Fé, los instantes supremos de la vida que

debieran dedicarse ante todo a provocar actos de amor a Dios; si ya no es que—lo que tantísimas veces sucede—el moribundo se encuentra en un tal estado de ignorancia que reputa supérfluo el ministerio mismo del sacerdote, disponiéndose a franquear las fronteras de la eternidad, con impasibilidad tan lamentablemente temeraria, que con razón pudo afirmar nuestro predecesor Benedicto XIV—asevera el Pontífice de la “Acerbo nimis”—que “una gran parte de los que son condenados a las penas eternas, lo son, precisamente, a causa de su ignorancia de las verdades de la Fé, que ellos estaban en el deber de conocer para salvarse”.

* * *

Eso en tiempos de Benedicto XIV. ¿Qué no diría él en estos días en los que—como lo ha afirmado otro dignísimo sucesor suyo, el Pontífice actualmente reinante,—el ateísmo, organizado cual no lo ha estado nunca en el mundo, y apelando a todos los medios imaginables, ha empeñado la más fiera de las luchas, desplegando sin reparo al viento la satánica bandera de la guerra a Dios en todos los pueblos de la tierra, en su afán de arrancar del corazón de todos, hasta de los niños, toda fé, toda creencia, todo sentimiento de religión?

Sí, W. H. H. y amadísimos Hijos; la ignorancia de Dios y de su doctrina, he ahí el terrorífico mal que se nos yergue ante los ojos, tremendo como un gigante, fatídico como un espectro.

Espectro gigante que ha intentado asentarse, como sobre un trono, sobre montones de ruinas sangrientas, cabalmente en las naciones, en las que la ignorancia religiosa era más enorme.

Tal, por ejemplo, nuestra Patria.

LA IGNORANCIA RELIGIOSA EN ESPAÑA.

Vergüenza da el consignarlo, pero a ello nos obligan la verdad y el deber.

“La ignorancia religiosa en España—como escribía el insigne sociólogo D. Severino Aznar, en una página tan certera como valiente—es una calamidad pública. Hace revelaciones groseras e ináuditas a todas horas, no sólo entre los analfabetos y las gentes incultas del pueblo, sino entre los estudiantes, hombres de carrera, periodistas, escritores, funcionarios y políticos; hasta en los creyentes fervorosos y más asiduos al templo.

Son pocos los que han leído los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, o las Epístolas de San Pablo, y menos los que los comprenden y los que han meditado sobre ellos. Y, sin embargo, por ningún libro parece que debía sentir el católico más santa veneración, ni más curiosidad, ni más afán de conocerlo y penetrarlo.

Siquiera el catecismo, ese resumen popular de la más alta ciencia teológica, de la filosofía más profunda y humana, de la más santa moral, ¿quién no debiera conocerlo? Pues pregúntese por él a los adolescentes que llaman a las puertas de los Institutos, a los jóvenes de nuestras Universidades y Escuelas especiales, a los reclutas que el servicio obligatorio lleva a los cuarteles, a los obreros o campesinos que desde sus ciudades se incorporan a la vida pública, a los profesionales organizados en asociaciones políticas, de recreo o de cultura, y nos espantaríamos de la ignorancia ambiente, del número pequeñísimo e insignificante que saben darse cuenta de su Fé, que conocen la doctrina por la que deben estar dispuestos a morir, o a la que deberán, al menos, las normas prácticas de su vida”.

SUS DESASTROSOS RESULTADOS.

“Esa ignorancia explica muchos fenómenos a primera vista sorprendentes. Explica en gran parte ese rompimiento de armonía entre lo que decimos creer y lo que hacemos, lo mismo en la vida privada que en la pública; explica en gran parte la facilidad con que prenden las malas propagandas del mitin, del periódico o de la organización societaria entre toda clase de gentes: explica en

gran parte el que se crea la religión cosa de niños y mujeres, cuando es la gran fuente de energía y el más soberano principio civilizador”.

Esa ignorancia explica el que haya habido en España, y continúe habiendo, todavía, tantísimas personas que se dicen y se jactan de católicas, empeñadas, sin embargo, en compaginar su catolicismo con errores y sistemas abiertamente condenados por la Iglesia, y empeñados en no reconocer a estas algunos de sus derechos más esenciales.

* * *

Esa ignorancia religiosa explica, sobre todo, ese estado agónico de la Fé en tantas almas, ese colapso mortal de la vida sobrenatural en tantos corazones, del que son síntomas pavorosos esas estadísticas aterradoras que nos evidencian que, en ciertas regiones españolas, tan sólo el diez por ciento de las gentes cumplían con el precepto de la Misa Dominical, y el cinco por ciento tan sólo con el sacrosanto precepto de la Comunión Pascual.

Es decir: que había regiones en nuestra Península en las que el 90% de las personas no cumplían ni con ese precepto tan fácil de dedicar a Dios veinte minutos cada semana: que había regiones en nuestra España en las que el 90% de las personas vivían en estado habitual permanente de pecado mortal.

Digámoslo en otros términos: Estadísticas irrefragables demuestran que había regiones en España, en las que yacían habitualmente incendiados, derribados y reducidos a escombros el 90% de los Templos Vivos de Dios.

¿Qué de extraño tiene que en algunas de esas regiones se hayan los unos dedicado a incendiar, y los otros a contemplar los sacrílegos incendios de iglesias y de templos, que por sagrados que sean, como lo son, son al fin y al cabo, templos de piedras y maderas, cuyo valor religioso y aun artístico es incomparablemente menor que el de los Templos Vivos del Espíritu Santo?

Con cuán profético relieve se destacan, al fulgor de los últimos incendios, las siguientes palabras que N. S.

Padre el Papa dirigía a Nuestro Metropolitano el Excelentísimo Cardenal Arzobispo de Sevilla, en el mes de Julio de 1932.

“Hace mucha falta—le decía el Papa—la instrucción religiosa y la frecuente y devota recepción de los Sacramentos, en España. Si los españoles no trabajan para que los niños no se vean privados de la enseñanza de la Religión, si los fieles no se acercan dignamente a los Sacramentos de Confesión y Comunión, la ruina espiritual de España será fatal e irremediable”.

Consecuencias aterradoras, amadísimos Hijos míos, pero lógicas, de esa indiferencia letal, de esa apostasía práctica, descrita con pinceladas apocalípticas por los Papas Pío X y Pío XI, y fruto a su vez de la plaga capital de la ignorancia religiosa, contra la que hemos querido preveniros en esta Carta Pastoral.

EL REMEDIO.

“¿Y por qué hay tanta ignorancia en España?—se pregunta el sociólogo antes citado—¿Será porque no se enseña el Catecismo? ¿Será porque se enseña mal? ¿Será porque no se enseña a todos lo que necesitan y en todas las etapas de la vida en que es necesaria esa enseñanza? ¿Será porque no se sabe enseñar y porque no sirven los viejos métodos, útiles quizá en épocas de mayor docilidad y de menos complicadas sugerencias? ¿Será porque faltan catequistas...?”

Omitamos, por ahora, el responder a esas preguntas cuya respuesta pudiera contribuir acaso a hurgar heridas no cicatrizadas todavía. Tanto más, cuanto que esta Diócesis queridísima se ha visto libre, a Dios gracias, de esas espantosas ruinas y catástrofes, que tantas otras Diócesis hermanas se ven obligadas a llorar con lágrimas de sangre.

* * *

En vez pues de detenernos a inquirir sobre las causas, preguntémonos más bien: ¿cómo remediar el mal? ¿Cómo arrancar de raíz la maleza mortífera de la ig-

norancia religiosa donde la hubiere, y prevenirnos eficazmente contra su aparición donde todavía no existe?

La respuesta todos la conoceis.

El remedio estriba en esa labor tan necesaria y tan santa que “nada puede haber más santo ni más necesario para ningún católico” en frase de Nuestro S. Padre el Papa, en su Motu Proprio, “Orbem Catholicum”.

El remedio está en esa obra de tal transcendencia que el Papa Pío X, repitiendo palabras de su predecesor Benedicto XIV, no titubeó en calificarla de “obra la más útil para la gloria de Dios y la salvación de las almas”.

El remedio está en la Enseñanza de la Doctrina Cristiana.

UN IMPORTANTISIMO DECRETO.

Todos conoceis el Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio, dado en Roma el 12 de Enero de 1935, y ordenado a que se promueva y se tome con mayor interés esta obra de la enseñanza catequística.

Todos sabeis cómo la Sagrada Congregación Romana, en ese Decreto, recuerda a los Párrocos, y a cuantos tienen cura de almas, que no olviden nunca que la enseñanza catequística es el cimiento de toda la vida cristiana, y que para dar bien esa enseñanza deben valerse de toda clase de industrias y trabajos.

Todos recordais cómo la referida Congregación Romana, en su afán de excitar la diligencia y avivar la actividad de todos, en este punto del que depende la salvación eterna de las almas, que les están confiadas, ordena a los Obispos que en cumplimiento de su cargo y gravísimo deber que les incumbe, para incremento de la enseñanza catequística, aguzarán con mayor actividad e ingenio la solicitud y diligencia que hasta hoy han tenido; preceptuando al Obispo de cada diócesis que “medite en la presencia del Señor lo que falte por proveer o por mandar en fomento de esta obra santísima y de extrema necesidad, haciendo saber que en la provisión de parroquias y de otros beneficios tendrá en cuenta,

“como meritorio servicio, la solicitud y diligencia de cada uno en enseñar el catecismo”.

Y a continuación, la misma Sagrada Congregación del Concilio, con aprobación de S. S. el Papa Pío XI, dispone que, en todas las Diócesis, se ponga en práctica una serie de mandatos, cuyo cumplimiento habrá de constituir, Dios mediante, una de las labores primordiales de nuestro Pontificado.

Ello requiere, de nuestra parte, una serie de disposiciones y nombramientos que nos parece más oportuno reservar para una Circular expresamente a ello dedicada, y que habremos de publicar, si Dios quiere, en cuanto llevemos a efecto una inmediata labor previa, indispensable, a nuestro modo de ver, si han de tener efectividad las normas que nos proponemos trazar en la aludida Circular.

* * *

NUESTRA GRATITUD.

Tiempo es ya de terminar, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, pero no podemos hacerlo sin que nuestras últimas palabras, como las primeras, lo sean también de gratitud. ¿Cómo no, si es la que embarga mi alma hasta hacerla rebosar?

Mi gratitud más entrañable y cordial a todos. Gratitud a Nuestro Excmo. Cabildo Catedral y a cuantos formáis el Venerable Clero Diocesano, secular y regular, de esta Diócesis, a todos los cuales os rogamos acudais siempre aquí como lo que sois, hermanos y amigos de vuestro Obispo, que se complace en rendiros este público testimonio de su reconocimiento por las delicadísimas atenciones y la eficaz cooperación que con tanto afecto le habeis prestado hasta ahora, y que estáis dispuestos a prestársela en la futuro.

Gratitud, respetuosa y cordial, para nuestras dignísimas Autoridades de todo orden, que, desde el día mismo de nuestra llegada, han rivalizado en rodearnos de una atmósfera tal de afecto, respeto, cordialidad y entusiasmo colaboración a nuestros planes, que, a la par que

nuestro agradecimiento más entrañable por sus bondades, nos complacemos en testimoniarles nuestro ofrecimiento sincérisimo de ayudarles a promover el bien, la paz y la prosperidad de todos.

Gratitud a las Venerables Comunidades Religiosas, centros de oración, penitencia y caridad, que atraen hacia la tierra las lluvias de la gracia de Dios, tan indispensables para nuestro apostolado. Gratitud a nuestros queridísimos seminaristas la más delicada flor de nuestras esperanzas, porque el Seminario es el manantial del sacerdocio, la fuerza más esencialmente vital de cada diócesis.

Gratitud a los nobles y aguerridos jefes, oficiales, soldados y a las milicias todas, y a todos los hombres en general, pues les bastó una simple invitación de su Prelada para que acudiesen en imponente masa a los triduos de preparación, ofreciendo a continuación el esplendoroso espectáculo de aquellas comuniones pascuales de millares de hombres en las iglesias del Puerto, de S. Francisco y de nuestra Santa Iglesia Catedral.

Gratitud sentidísima a los dignísimos señores profesores y profesoras, maestros y maestras de la enseñanza oficial y de la enseñanza privada, por las atenciones sin cuento que con nosotros han tenido, y por la colaboración valiosísima que han prestado a nuestros afanes; colaboración que culminara en aquellas comuniones pascuales de Instituto, Colegios y Escuelas oficiales y particulares, tan cristianas, y tan a tono con las Comuniones pascuales que célebres centros de enseñanza de nuestro siglo suelen celebrar en muchas de las principales ciudades del mundo.

Gratitud para las Terceras Ordenes, Cofradías y Asociaciones piadosas que, a una sencilla indicación de su Obispo, supieron vibrar en cooperación entusiasta con las Autoridades, Ingenieros, Arquitectos, Directores, Encargados y Vecinos todos para llevar a efecto aquella maravillosa Procesión del Corpus Christi, satisfacción de propios y asombro de los extranjeros cuya estancia en Las Palmas coincidió con la salida de aquella manifestación, la más hermosa, según testimonio unánime, de

cuantas presenciara esta Capital, acostumbrada a presenciar procesiones eucarísticas de las más bellas y artísticas del mundo.

Gratitud para las Señoras y Señoritas Catequistas y de Acción Católica, en las que he hallado, desde los primeros momentos, colaboración la más entusiasta, abnegada y ejemplar para los principales trabajos que he traído hasta ahora entre manos, y en las que espero hallar idéntica cooperación para mis trabajos de apostolado en el porvenir.

Gratitud a la Prensa y a la Radio por la benevolencia tan inmerecida con que me han juzgado, y por el desinterés con que a nuestra labor episcopal han cooperado.

Mi gratitud más entrañable y cordial a todos, clérigos y seglares, religiosos y seculares, autoridades y súbditos, cónsules y magistrados, funcionarios y particulares, milicias y paisanos, profesores y alumnos, padres e hijos, gentes de todas las clases sociales, así de la capital como de los pueblos, que, como en noble competencia, habeis querido colmarme de delicadezas y bondades con las que habeis hipotecado para siempre el agradecimiento de mi alma: agradecimiento que, con la gracia de Dios, florecerá siempre en cordialísimas oraciones por la prosperidad espiritual y temporal de todos y de cada uno de vosotros.

RUEGO FINAL.

Y permitidme que, a mi vez, os dirija el ruego de un nuevo ruego; del ruego aquel que el gran Apóstol dirigía a los fieles de Roma, en aquellas frases de su alma, incandescente de amor: "Obsecro vos, fratres, per Dominum Nostrum Jesum Christum, et per caritatem Sancti Spiritus ut adjuvetis me in orationibus vestris". "Os ruego, Hermanos, por Nuestro Señor Jesucristo y por el amor de su Santo Espíritu, que me ayudeis con vuestras oraciones".

Que como decía, en magnífica frase, el gran Obispo. S. Paulino de Nola, en la su homilia que leíamos en el

Breviario hace dos días, “Aliud est, quando tu solus oras pro te; et aliud, quando multitudo pro te apud Deum trepidat”.

Orad, poniendo por intercesora a nuestra Madre y Señora, la Santísima Virgen del Pino, bajo cuya maternal protección quisimos colocarnos desde el día de nuestra consagración episcopal.

Orad, poniendo por intecesor al Patrono de la Iglesia Universal, el Bienaventurado Patriarca San José, en cuya festividad nos cupo la dicha de arribar a esta diócesis queridísima.

Orad por mí, y orad también—yo os lo suplico muy de corazón—por nuestro Venerable y bondadosísimo predecesor en esta Sede gloriosa, el Excmo. Sr. D. Miguel Serra y Sucarrats, que hoy precisamente hace un año, nos recibía, afabilísimo, en la Casa de Religiosos en la que se encontraba a su paso por Barcelona, colmándonos de tales atenciones, finezas y bondades, que no las podremos olvidar nunca.

Orad por mí, permitidme que os lo pida una vez más, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos míos, a fin de que sea un Obispo digno de vosotros, mientras que yo, poniendo en ello todo el cariño y toda la gratitud de mi alma, os bendigo, con toda la efusión de la misma, en el nombre del Padre + y del Hijo + y del Espíritu + Santo.

En Las Palmas, en la fiesta de la Natividad de San Juan Bautista del año del Señor de 1937.

+ Antonio, Obispo de Canarias
